

to para que os reprendan públicamente, y no solo con causa, pero sin ella; y aun para cuando nos levanten falsos testimonios quiere nuestro Padre que estemos, no solo dispuestos, sino que nos holguemos, no dando nosotros ocasion de ello; y que asi como los del mundo se huelgan con la honra y estimacion, asi nosotros nos holguemos con la deshonra, injurias y menosprecios; para lo cual bien se ve cuánta virtud sea menester. Y mas: habemos de estar indiferentes para cualquier oficio, ministerio y ocupacion en que la obediencia nos quisiere poner, y para cualquier grado en que la Compañia nos quisiere incorporar; y habiendo en la Compañia tan diferentes oficios y grados, y unos mas altos que otros, estar uno indiferente para el mas bajo, y contento en él, como si le pusiesen en el mas alto, cosa es de mucha perfeccion y para la cual es menester mucha mortificacion.

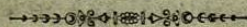
Habéis de estar siempre á punto y muy dispuesto é indiferente para ir á cualquier parte del mundo á ejercitar esos ministerios, no solo á otro colegio, sino á otra provincia y á otro reino extraño, y á las Indias Orientales y Occidentales, á Roma y Alemania, á Inglaterra y á la Transilvania, á donde nunca jamás podáis ver á vuestros parientes y amigos, y ellos pierdan la esperanza de veros. Cuanto á la pobreza, profesa la Compañia tanta estrechura y rigor, que no puede uno recibir, ni tener ningun regalo en su aposento, no solo de comer, pero ni aun libro en que pueda hacer una raya, ni llevarle consigo cuando se fuere á otro colegio. Y habemos de estar tan desnudos y deshechos de todas las cosas, que, como diremos tratando de la pobreza (1), no podemos echar llave á un arca, ni á un cajoncillo, para tener guardada alguna co-

(1) Part. 3, trat. 3, c. 7.

sa, sino que todo ha de estar patente, abierto y manifesto, como quien dice «tomadlo si quereis, que no es mio.» Estas cosas, y otras semejantes, que hay en la Compañia, bien se vé que hacen ventaja, asi en perfeccion como en dificultad á todas las penitencias y asperezas exteriores. Y asi, el que tuviere espíritu de rigor contra sí, y deseara mortificarse mucho y hacer grande penitencia (que es muy buen espíritu), tendrá las manos llenas en la Compañia; y aunque ha habido algunos que tentados de la vocacion han pretendido cubrir y paliar su tentacion con color de mas perfeccion y de hacer mas penitencia en otra Religion, la verdad es que no es esa la causa, ni el fin que les movia, sino el no poder llevar la mortificacion y perfeccion que se profesa en la Compañia. Y de esto tenemos experiencia confesada por ellos mismos; y lo que mas es, declarada por la Sede Apostólica. La Santidad de Pio V, que fué religioso de la sagrada orden de Santo Domingo, lo declara así espresamente en la Bula que concedió á la Compañia contra los apóstatas que salen de ella ó al mundo ó á otra cualquiera religion, fuera de la Cartuja; donde, despues de haber puesto la perfeccion y la dificultad y trabajo grande que hay en el Instituto de la Compañia, declara la raiz de la tentacion que algunos tienen de salir de ella ó de pasar á otras religiones, por estas palabras: «Algunos, dice (1), con liviandad de ánimo y por huir del trabajo, al cual están continuamente espuestos los religiosos

(1) Nihilominus nonnulli animi levitate, ut credebatur, ducti, ac quietem labori, cui proculdubio Religiosi Societatis hujusmodi pro excolenda, et propaganda Christiana Religione, continuo erant expositi, ac privatum commodum publicae tam dictae Societatis, quam Christianae Reipublicae utilitati, indiscrete praeferentes, fucatisque coloribus asserentes se id facere ob frugem melioris vitae, aut strictioris observantiae, ad alios etiam fratrum Mendicantium ordines transire posse jactabant. *Loc. sup. cit.*

de la Compañia por la salvacion de las almas, prefiriendo indiscretamente sus comodidades particulares al bien y utilidad comun, asi de la Compañia como de la República cristiana, con colores aparentes y fingidos, diciendo que era por alcanzar mas perfeccion ó por hacer mas penitencia, pretendian que se podian pasar á otra Religion, aun de las mendicantes, etc.» De manera, que en realidad de verdad no es esto por deseo de mas perfeccion, ni por deseo de mas penitencia, sino por huir el trabajo y la dificultad; porque no sienten en sí caudal, ni virtud para tanta perfeccion y mortificacion, y para tanta indiferencia y resignacion como es menester en la Compañia. Pues por eso nuestro Padre insistió tanto en esta mortificacion, y quiere que nos ejercitemos y fundemos mucho en ella, y que este sea siempre el estudio de todos.



CAPITULO VIII.

Que la mortificacion no es ódio, sino verdadero amor, no solo de nuestra ánima, sino tambien de nuestro mismo cuerpo.

Porque habemos dicho (1), y es doctrina de los Santos, sacada del Sagrado Evangelio, que nos habemos de aborrecer á nosotros mismos, y parece esa cosa muy dura y muy contraria á nuestra naturaleza, para que nadie se espante oyendo decir esto, ni tome de ahí ocasion para desmayar y dejarse de mortificar, declararemos aquí cómo este no es ódio ni aborrecimiento con que nos queramos mal, sino verdadero amor, no solo de nuestra ánima, sino tambien de nuestro mismo cuerpo: antes el no mortificarnos es verdadero ódio y aborrecimiento, no solo del ánima, mas tambien del cuerpo. El glorioso Agustino, sobre aquellas palabras de San Pablo: «El espiri-

(1) Cap. IV.

tu desea contra la carne (1),” dice: «No penseis, hermanos míos, que cuando el espíritu desea contra la carne, aborrece y tiene ódio á la carne (2).» Pues ¿qué es lo que allí aborrece? Los vicios de la carne, sus astucias y malas inclinaciones, aquella esencion y contrariedad que la carne tiene contra la razon, eso es lo que aborrece (3); que á la carne antes la ama en mortificarla y contradecirla, como el médico no aborrece al enfermo, sino la enfermedad, y contra esa pelea, que al enfermo antes le ama. Y pruébalo muy bien, «porque amar á uno, dice el filósofo, es quererle y desearle bien (4),» y aborrecerle, es querer que le venga algun mal. Pues el que trata de mortificar su cuerpo é irle á la mano en sus apetitos y deseos desordenados, quiere y procura para su cuerpo el mayor y sumo bien, que es el descanso y gloria eterna; y asi, ese es el que ama verdaderamente. Y el que no trata de mortificarle, sino que le deja seguir sus malas inclinaciones y apetitos, quiere y procura para su cuerpo el mayor mal que le puede querer y procurar, que es el infierno para siempre jamás; y asi, ese es el que verdaderamente aborrece su cuerpo. De la manera que dice el Profeta: «El que ama el pecado y la maldad, aborrece su ánima (5),» porque con esto la procura y negocia el infierno para siempre: de esta manera, y por esta misma razon, dice San Agustin, podemos decir que aborrece tambien su cuerpo, pues le procura y negocia el mismo mal. Y asi dicen los

(1) Spiritus concupiscit adversus carnem. *Ad Gal. V, 17.*

(2) Absit, fratres mei, absit, ut spiritus concupiscendo contra carnem oderit carnem. *Aug. lib. serm. de verbis Apost., serm. 6.*

(3) Vitia carnis odit, prudentiam carnis odit, contentionem mortis odit. *Aug. lib. de Moribus Eccl. cap. 26; et lib. 14 de Trinit. cap. 14.*

(4) Amare est velle bonum. *Arist. lib. 2. Rether. cap. 4.*

(5) Qui diligit iniquitatem, odit animam suam. *Ps. 5, 9.*

teólogos (1), por esta razón, que los justos y buenos se aman mas á sí mismos que los pecadores y malos, no solo cuanto al alma, sino cuanto al cuerpo, porque le desean y procuran el verdadero bien, que es la bienaventuranza de la cual ha de participar tambien en su modo el cuerpo. Y añade Santo Tomás (2) por esta misma razón, que el justo ama su cuerpo, no con cualquier amor, sino con amor de caridad, que es el mas alto y aventajado amor.

Vése esto claramente por el ejemplo de dos enfermos, de los cuales el uno come y bebe todo lo que le dá gusto y no quiere recibir sangría, ni tomar purga, ni medicina alguna; y el otro se rige muy bien, y guarda la boca, aunque tiene mucha sed y hambre, y toma la purga, aunque le amarga, y recibe la sangría, aunque le duele: claro está que ama mas su vida y su cuerpo y salud este segundo, que por alcanzarla y conservarla quiere padecer un poco de trabajo en tener dieta y en tomar las medicinas; y al otro, antes le decimos que se degüella por no querer sufrir un poco de sed y de trabajo. Pues de la misma manera es en nuestro propósito. Y así dijo San Bernardo á unos seglares, que se espantaban de sus monges por tratar tan mal sus cuerpos, diciendo que les tenían odio capital, á los cuales respondió el Santo, que ellos de verdad eran los que aborrecían sus cuerpos, pues por darles un poco de gusto de deleites sensuales, los obligaban á tormentos eternos; mas los monges de verdad los amaban, pues los afligían un poco de tiempo para merecerles descanso perdurable.

Esta verdad nos enseñó Cristo nuestro Redentor en el Sagrado Evangelio. Porque diciendo: "el que quisiere venir en pos

(1) S. Thom. 2-2, c. 25, art. 5 et 7.
(2) Art. 5 ad 2.

de mí, niéguese á sí mismo y tomé su cruz, y sígame," dá luego la razón dicha: "porque quien amare desordenadamente su vida, la perderá; y quien la aborreciere por amor de mí, la hallará en la vida eterna (1)." Dice San Agustín, sobre estas palabras: «Advertid y ponderad esta sentencia de Cristo tan alta y tan maravillosa; que el amar el hombre su vida y su carne, dice que es aborrecerla; y el aborrecerla, amarla. Porque si la amais mal y desordenadamente, será aborrecerla; y si sabeis aborrecerla como se debe, será amarla (2); porque será guardarla para la vida eterna, como dice el mismo Señor (3). Concluye el Santo: «Dichosos y bienaventurados los que la supieron guardar para la vida eterna aborreciéndola, y no la perdieron amándola. Por tanto, no queráis amar vuestra carne en esta vida, porque no la perdais en la eterna vida (4).»

Otra razón buena trae San Agustín en confirmación de esto. No deja, dice (5), de amar uno una cosa, por amar otra mas que á ella. Y trae dos ejemplos que lo declaran. Claro está que no deja el enfermo de amar su pié ó su brazo por dejar que se le corten, cuando aquello es necesario para conservar la vida: harto amor les tiene él; pero mas amor tiene á su vida, y así deja perder lo menos por lo mas. Y cosa cierta es tambien que el avariento tiene amor á su dinero, y desea mucho conservarlo; pero con todo eso se deshace de él, y lo echa de

(1) Qui enim voluerit animam suam salvam facere perdet eam; qui autem perdiderit animam suam propter me inveniet eam. *Matth. XVI, 25.*

(2) Magna, et mira sententia, quemadmodum sit hominis in animam suam amor, ut pereat, odium, ne pereat. Si male amaveris, tunc odisti; si bene oderis, tunc amasti. *August. trat. 51, sup. Joann.*

(3) Qui odit animam suam in hoc mundo in vitam aeternam custodit eam. *Joann. XII, 25.*

(4) Felices qui oderunt custodiendo ne perdant amando. Noli amare in hac vita, ne perdas in aeterna vita. *August. ib.*

(5) August. *lib. I de Doctrina Christiana, cap. 25.*

casa para comprar el pan y lo demás que es necesario para la vida, porque por mucho que ame el dinero, ama mas la vida; y así quiere perder lo que es menos por conservar lo que es mas. Pues de la misma manera no deja el hombre de amar su carne por mortificarla, sino que ama mas su alma y la vida eterna; y porque para su alma y para alcanzar la perfección y la vida eterna, es necesario mortificar y maltratar su carne, por eso la maltrata y mortifica: no es eso aborrecimiento, ni falta de amor, sino es amar mas á Dios y amar mas su alma y la perfección.



CAPITULO IX.

Que el que no trata de mortificarse, no solo no vive vida espiritual, pero ni racional.

El glorioso Agustino dice (1): «Una es la vida de las bestias, otra la de los ángeles y otra la de los hombres. La vida de las bestias, toda se ocupa en las cosas de la tierra y en el cumplimiento de sus apetitos; la de los ángeles, toda es tratar con Dios y de las cosas del cielo; la de los hombres, es media entre estas dos vidas, porque el hombre participa de la una naturaleza y de la otra; si vive segun el espíritu, hácese semejante á los ángeles y compañero de ellos; si vive segun la carne, hácese semejante á las bestias y compañero de ellas.» Concuera con esto lo que dice San Ambrosio: «el que vive sin otra regla que la que sugiere su apetito, bien puede contarse entre los brutos; y solo se debe llamar espiritual, el que conforma sus acciones con los preceptos de su Dios (2).» De manera, que el que vive se-

(1) Aug. *serm. 18 super Joann.*

(2) Qui secundum corporis appetentiam vivit, caro est: qui secundum praecepta Dei, spiritus est. *Ambr. Ps. 148. Octonario 4 super illud: adhesit pavimento anima mea.*

gun los apetitos de la carne, no solo no vive vida espiritual, pero ni aun vida racional de hombre, sino una vida animal de bestias. Esto solo nos habia de bastar para animarnos mucho á la mortificación; porque ¿qué cosa hay mas indigna de la generosidad y nobleza del hombre, que fué criado á la imágen y semejanza de Dios y para gozar de él para siempre, que venir á ser semejante á las bestias, haciéndose siervo y esclavo de una cosa tan bestial como la carne y sensualidad, sujetándose y rigiéndose por ella y dejándose llevar del ímpetu furioso de su apetito bestial? Dice San Bernardo: «Grande abuso y desorden es, que la esclava sea la señora y la que mande; y la razón, que es la señora y la que habia de mandar, quede hecha esclava (1); que es aquel desorden y desconcierto que dice Salomón que vió: "Vi á los siervos, dice (2), andar á caballo hechos señores y mandando, y á los príncipes y señores andar arrastrando por tierra, sirviendo como esclavos." El P. Maestro Avila dice: «¿No os parece que seria cosa monstruosa y de grande admiración á los que la viesan, traer una bestia enfrenado á un hombre, llevándole donde ella quisiese, y rigiendo ella á quien la habia de regir? (3).» Pues de estos hay tantos regidos por el freno de sus apetitos bestiales, bajos y altos, que por ser tantos, no echamos ya de ver en ello, ni nos espanta ya este monstruo, ni nos causa admiración, que es otra lástima mayor. De Diógenes se cuenta que andaba en medio del día por la plaza de Atenas con una candela buscando; preguntado, ¿qué buscas? «Ando, dice, buscando, á ver si hallo algun hombre.» «¿Pues no veis la

(1) Dominam ancillari, et ancillam dominari magna abusio est. *Bernard. c. 3 Meditat.*

(2) Vidi servos in equis et principes ambulantes super terram quasi servos. *Ecc. X, 7.*

(3) M. Avila, c. 11. *Audi filii.*

plaza llena de ellos? «Esos, dice, no son hombres, sino bestias, porque no viven vida de hombres sino de bestias, rigiéndose y guiándose por sus apetitos bestiales.»

San Agustin trae otra comparacion graciosa, pero muy propia y que declara muy bien esto: «¿Qué tal parece delante de los hombres el que anda los pies arriba y la cabeza abajo? Este es matachin, cosa de farsa y de risa. Pues tal, dice (1), es en los ojos de Dios y de los ángeles aquel en quien la carne es señora, y la razon esclava; ese anda al revés, los pies arriba y la cabeza abajo.» ¿Pues quién no se afrentará de esto? Aun allá Séneca lo sintió, y dijo divinamente: «Mayor soy, y para mayores cosas nací, que para ser esclavo de mi cuerpo (2);» sentencia digna de que el religioso y cualquiera cristiano la tuviese impresa en el corazon. Si un gentil con sola la luz natural alcanzó á sentir y afrentarse de esto, ¿qué será razon que haga un cristiano, ayudado de la luz de la fé, y un religioso prevenido y favorecido con tantas bendiciones y regalos de Dios? Y así dice San Agustín (3), que el que no se afrenta de esto, ni lo siente, tiene pervertida la razon, y ese será otro monstruo mas digno de admiracion: ¡que esté uno hecho bestia y no lo sienta, ni eche de ver en ello!

Un filósofo (4) cuenta de sí, que siendo él muchacho vió un hombre que iba con mucha priesa á abrir una puerta con una llave, y acontecióle muy al revés, porque no podía abrirla, por mucho que lo procuraba; y como él iba con tanta priesa, y no

(1) Qualis est in oculis hominum qui inversis pedibus ambulare videtur, talis est in oculis Angelorum, cui caro propria dominatur. Aug. serm. 50, ad fratres in eremo.
(2) Major sum et ad majora genitus, quam ut mancipium sim mei corporis. Seneca, Epist. 63.
(3) Aug. lib. contra mendacium ad Consentium.
(4) Galen. lib. de cognoscendis curandisque animi morbis.

podía hacer nada, tomó un corage é ira con aquello, que comienza á morder la llave con los dientes y á dar coces en aquellas puertas; y no paró ahí, sino que comienza á decir blasfemias contra Dios y á echar espuumarajos por aquella boca, como loco furioso, que los ojos parecia que se le querian saltar de corage. Dice este filósofo que, como vió esto, concibió en sí tanto ódio y aborrecimiento contra el vicio de la ira, que de allí adelante nunca nadie le vió enojado, por no verse en otra semejante: todo esto nos ha de ayudar á vivir como hombres de razon, y no dejarnos llevar de los apetitos de la carne. San Jerónimo, sobre aquello de Job: «En la tierra de Hus habia un varon llamado Job (1),» dice: «este era varon;» y dá la razon que habemos dicho, «porque no era la carne la señora y la que mandaba, sino tenía la sujeta y rendida, nivelando todo cuanto hacia con el peso de la razon (2);» conforme á aquello de la Escritura: «Te estará sujeto su apetito, y le dominarás como á tu esclavo (3).»

CAPITULO X.

Que es mayor trabajo no tratar uno de mortificarse que el tratar de eso.

Podrá alguno decir: «bien veo el provecho y necesidad de la mortificacion; pero póneseme delante la dificultad y el trabajo, y eso me retrae de ella.» A esto digo lo primero con San Basilio (4): si por la salud corporal recibimos de buena gana medicinas muy amargas, y consentimos que el médico ó cirujano corte y queme por donde le parece: si por la hacienda y dine-

(1) Vir erat in terra Hus nomine Job. Job. I, 1.
(2) Non enim terra carnis ejus animum ipsius superabat, sed imperantis animi consilio cuncta faciebat. Hier. in Job.
(3) Subter te erit appetitus ejus et tu dominaberis illius. Gen. IV, 7.
(4) Basill. in Regulis fustius disputatis 62.

ro acometen los hombres tan grandes dificultades y peligros por mar y por tierra; por la salud espiritual de nuestra alma y por alcanzar los bienes eternos de la gloria, razon será acometer alguna dificultad y ponernos á algun trabajo. Pero porque al fin naturalmente somos amigos de huir del trabajo, y ya que forzosamente hayamos de padecer algo, querriamos que fuese lo menos que pudiese ser, digo lo segundo, que es mayor trabajo el andar uno huyendo de la mortificacion que el mortificarse. Dice San Agustin: «Mandástelo, Señor, y verdaderamente ello es así, que el ánimo desordenado sea tormento y pena de sí mismo (1).» Ese desórden que trae uno dentro de sí, del apetito á la razon y de la razon á Dios, causa en el hombre un tormento y desasosiego grande, y esto es en general en todas las cosas; porque ¿qué cosa hay en el mundo que, estando desordenada, no esté naturalmente inquieta y descontenta? El hueso que está fuera de su juntura ¿qué dolores causa? El elemento que está fuera de su lugar natural ¿qué violencia no padece? Pues como sea cosa tan propia y natural al hombre racional vivir segun la razon, cuando viviere desordenadamente y fuera de razon ¿cómo no ha de reclamar su misma naturaleza y darle latidos su propia conciencia? Muy bien dijo el Santo Job: «¿Quién jamás resistió á Dios y vivió en paz (2)?» que no puede haber paz ni descanso viviendo de esa manera. Y así San Juan en el Apocalipsi (3) dice que los que adoraban la bestia no tenían holganza de dia ni de noche. Si servís á esa bestia de

(1) Jusisti, Domine, et sic est, ut poena sua sibi sit omnis animus inordinatus. Aug. lib. 1 Confess. c. 12.
(2) Quis restitit ei et pacem habuit? Job. IX, 4.
(3) Nec habebant requiem die ac nocte, quia do-raverunt bestiam, et imaginem ejus. Apoc. XIV, 11.

vuestra carne y sensualidad, jamás tendreis descanso ni sosiego.

Dicen allá los médicos que la salud y buena disposicion del cuerpo consiste en la templanza y proporcion de los humores; y así, cuando ellos están fuera de aquella proporcion y templanza natural, que habian de tener, causan enfermedades y dolores; y cuando están bien templados y proporcionados, hay salud y causan exteriormente alegría y vigor corporal. Así la salud y buena disposicion de nuestra alma consiste en la proporcion y moderacion de nuestras pasiones, que son sus humores; y cuando estas no están templadas y mortificadas, causan enfermedades espirituales; y cuando lo están, hay en el alma salud y buena disposicion, la cual causa, en el que la tiene, una alegría y sosiego grande. Mas dicen, y muy bien, que las pasiones en nuestro corazon son lo que los vientos en el mar, porque así como los vientos en el mar alborotan y desasosiegan la mar, así las pasiones alborotan y desasosiegan nuestro corazon con sus desordenados apetitos y movimientos. Ya se levanta la pasion de la ira, que nos turba y desasosiega; ya corre el viento de la soberbia y vanagloria; ya nos lleva tras sí la impaciencia, ya la envidia. Por lo cual dijo el profeta Isaías: «Los malos son como la mar cuando anda desasosegada con tormenta (1);» pero en sosegándose los vientos, luego hay bonanza en la mar. «Imperó á los vientos y al mar, dice el Evangelio (2), y se siguió una tranquilidad grande.» Así, si vos sabeis mandar á los vientos de vuestras pasiones y apetitos y hacer que se sosieguen, mortificándoles y moderándolos con la razon, luego habrá grande

(1) Impii autem quasi mare fervens quod quiescere non potest. Isaiae LVII, 20.
(2) Imperavit ventis, et mari, et facta est tranquillitas magna. Matth. VIII, 26.

tranquilidad y paz; pero mientras no tratáredes de eso, habrá tormenta.

Para que mas claramente se vea que lleva mayor trabajo y mas pesada cruz el que huye de la mortificacion que el que se mortifica, descendamos á casos particulares en que lo experimentamos cada dia. Mirad cuál quedais cuando os dejastes llevar de la pasion de la ira ó impaciencia, y dijistes á vuestro hermano alguna palabra airada, ó hicistes otra cosa descompuesta y desedificativa; ¡qué tristeza, qué desasosiego, qué inquietud y pesadumbre teneis con vos! Decidme si es mayor la pena y trabajo que sentis en eso, que la que pudiéredes sentir en haberos mortificado. No hay duda de eso. Mas: mirad los temores y sobresaltos que tiene un religioso inmortificado, que no está indiferente y resignado para cualquiera cosa que la obediencia quisiera hacer de él; una sola cosa á que tenga repugnancia hasta para que ande siempre con pena y dolor, porque aquella es la que siempre se le pone delante y en primer lugar; y aunque á los superiores no les pase por el pensamiento ocuparle en aquello, como al fin es cosa que puede ser y se suele mandar, y él no sabe lo que será, siempre anda con temor y sobresalto si le han de mandar aquello. Es como cuando uno tiene una herida en el pie, que todo le parece que le va á dar allí; asi todo le parece al inmortificado que le va á dar allí á donde le duele. Pero el religioso mortificado, indiferente y resignado para todo, siempre anda contento y alegre y no tiene que temer. Mas: considerad la pena y desasosiego que traerá consigo el que fuere soberbio cuando se viere arrinconado y olvidado, y que no hacen caso de él, y que no le encomiendan cosas de lustre y de honra como deseaba; y mirad el temor y congoja con que anda tambien cuando se las encomiendan y quando ha de hacer alguna cosa pú-

blica, sobre cómo le ha de suceder, y si ha de sacar, por ventura, deshonra de donde él pensaba sacar honra. Por todas partes le aflige y atormenta su soberbia: ¡miserable estado! Y asi es generalmente en todas las demas cosas. Vuestras pasiones son vuestros verdugos y sayones que os atormentarán perpétuamente mientras no tratáredes de mortificarlas. Y esto es verdad, ahora se cumpla lo que uno quiere, ahora no; porque mientras no se cumple, aquel deseo que se dilata, aflige y congoja su ánima (1); y cuando viene á cumplir, su deseo y á hacer su voluntad, aquello mismo le da tambien pena y tormento: «¡Oh! ¿qué haces tú, voluntad? al fin saliste con la tuya; no mereces nada en esto, pues lo haces por tu gusto y porque tú lo quisiste; todo se le vuelve en acibar.

Añádese á esto el remordimiento de la conciencia que trae consigo el que no trata de su mortificacion ni hace lo que debe; porque, ¿qué contento puede tener un religioso que no vino á la Religion á otra cosa sino á tratar de su aprovechamiento y á buscar la perfeccion, si no trata de eso? Claro está que ha de andar con pena y con dolor. Y lo mismo podemos decir de cada uno en su estado, cuando no hace lo que debe; porque el gusano roedor de la conciencia que traemos con nosotros, en no haciendo lo que debemos, nos está remordiéndolo y royendo las entrañas. Dice muy bien el P. maestro Avila: «Poned en una balanza los trabajos que se pueden pasar siendo uno diligente y viviendo en fervor y tratando de su mortificacion; y en otra, los que pasa el tibio é inmortificado, porque no quiere pasar estos, y hallareis que son los de este mil tantos mayores que los de aquel (2).» Cosa es esta maravillosa que

(1) Spes, quae differtur, affligit animam. Prov. XII, 12.
(2) M. Avila, lib. Epistolarum.

halla mas deleite y contento el que sirve al Señor con diligencia en velar, orar y en todo lo que se ofrece de trabajo y mortificacion, que el tibio y flojo, en hablar y pasar tiempo, y en regalarse y hacer su voluntad: riendo se está el tibio por de fuera y carcomiéndose dentro; y llora el justo, y alegrase en el corazón. «El camino de los tibios y perezosos, dice el Sabio (1), es como quien anda sobre espinas.» Lo que dijo Dios por el Profeta Oseas: «Yo cercaré tu camino con espinas (2).» En los deleites puso Dios tristes remordimientos de conciencia, y en los pasatiempos amargura, y en hacer uno su voluntad dolor y tormento; ahí halla el tibio y perezoso espinas que punzan y atraviesan su corazón; pero «el camino de los justos es llano y sin tropiezo alguno (3).» ¡Oh! ¿qué paz y contento tiene un buen religioso mortificado y que anda con cuidado en su aprovechamiento haciendo lo que debe á buen religioso! No hay contento que se le iguale. Cada dia experimentamos esto: cuando andamos con diligencia en el servicio de Dios, estamos muy alegres y contentos; y cuando andamos tibios y descuidados, estamos tristes y desconsolados. Esa es muchas veces la causa de nuestras tristezas y desconsuelos, como diremos en su lugar (4). De manera, que por huir los trabajos menores viene uno á caer en otros mayores. Dice Job: «Huis del frio y cargará sobre vos la nieve (5).» Deciad que por huir el trabajo dejádes de mortificaros; yo digo que, aunque no fuese sino por eso mismo, habiades de procurar mortificaros para vivir con paz y sosiego, aunque

(1) Via justorum absque offendiculo. Prov. XV, 19.
(2) Ecce ego sepiam viam tuam spinis. Oseae II, 6.
(3) Via justorum absque offendiculo. Prov. XV, 19.
(4) Trat. 6, p. 46.
(5) Qui timet pruvinam, irruet super eum nix. Job. VI, 16.

no hubiera en ello otro bien, cuanto mas habiendo tantos.

CAPITULO XI.

Comienzase á tratar del ejercicio de la mortificacion. El principal medio que podemos poner de nuestra parte para alcanzar esta mortificacion y victoria de nosotros mismos, es ejercitarnos mucho en negar nuestra voluntad y contradecir nuestros apetitos y no dar gusto á nuestra carne ni dejarla salir con la suya; porque de esta manera se va poco á poco venciendo la naturaleza y desarraigando el vicio y la pasion, é introduciendo y criando la virtud. San Doroteo dá acerca de esto un aviso muy provechoso. Quando sois molestado de alguna pasion ó inclinacion mala, si condescendeis con vuestra flaqueza y quereis poner aquello por obra, entended, dice (1), y tened por cierto que con eso la pasion y mala inclinacion quedará mas arraigada y mas fuerte, y asi os hará mayor guerra, y os afligirá mas de ahí adelante. Pero si resistis varonilmente á la pasion y mala inclinacion, con eso se irá ella disminuyendo y teniendo cada dia menos fuerzas para combatiros y molestaros hasta venir á perder del todo las fuerzas y á no daros ya molestia ni pesadumbre. Este es un aviso muy importante tambien para las tentaciones, por la misma razon, como declararemos en su lugar (2). Importa mucho resistir á los principios, porque la mala costumbre no nos lleve poco á poco á mayor dificultad. Dicen los Santos que nos habemos de haber con nuestro cuerpo como un caballero que va sobre un caballo furioso y mal enfrenado, del cual con

(1) Dorot. serm. seu doctrin. 13 in Bibliot. Sanctorum Patrum, tom. 3.
(2) Trat. IV. c. 6.

mas necesidad, y que eso sea lo primero que procuremos alcanzar. Pues comenzad primero este ejercicio por las ocasiones de mortificacion que se os ofrecen sin andarlas vos á buscar, ahora sea por medio de la obediencia ó por medio de vuestros hermanos, ó por otra cualquier via. Recibid de buena voluntad todas estas ocasiones y aprovechaos de ellas, porque eso es necesario, así para vuestra paz y quietud, como para dar buen ejemplo y edificacion. Habíamos nosotros de ser tan fervorosos en la mortificacion, pues nos va tanto en ello, que anduviésemos pidiendo é importunando á los superiores que nos mortificasen en esto y en lo otro, y nos diesen la penitencia y la reprehension en particular y en público delante de todos; pero ya que no seais tan fervoroso como eso, recibid siquiera con paciencia y buena voluntad las ocasiones de mortificacion que se os ofrecen y os envia Dios para vuestro ejercicio y aprovechamiento. Muchas son las ocasiones que en esto se nos ofrecen cada dia; y si uno anduviere sobre sí y con deseo de mortificarse, siempre hallaria en qué; porque unas veces, acerca de las cosas de la obediencia, os parecerá que á vos os mandan lo mas trabajoso y que todo carga sobre vos habiendo otros que podian hacer aquello; y á cada uno en su oficio se le ofrecen algunas cosas que le dan particular trabajo y mortificacion. Pues aprovechaos de esas ocasiones que teneis entre manos, y prevenios para ellas, y haced cuenta que eso dificultoso es vuestra cruz que habeis de llevar para seguir á Cristo. Otras veces se os ofrecerán ocasiones de mortificacion en la comida, en el vestido, en el aposento; holgaos que os quepa á vos siempre lo peor, como nos lo dice la regla (1). Otras veces os darán la penitencia y la reprehension; y al-

(1) Regul. 25 Summarii constitut.

gunas veces os parecerá que no teneis culpa, y otras que á lo menos no tanta, y que os dicen la cosa diferentemente de lo que pasó ó que lo encarecen demasiado. Holgaos de todo eso y no os escuseis, ni os quejeis, ni querais luego volver por vos y satisfacer al uno y al otro. Pues si vamos á las ocasiones de mortificacion que se nos ofrecen de parte de nuestros prójimos y hermanos con quien tratamos y conversamos, hallaremos tambien hartas; unas veces sin ellos querer, ni advertir en ello, y sin culpa alguna suya; otras por algun descuido ó negligencia, aunque no con mala intencion; otras veces se os ofrecen ocasiones en que os parece que sois desestimado y que hacen poco caso de vos. Pues si vamos á las que nos envia el Señor inmediatamente con las enfermedades, tentaciones y trabajos que nos vienen, y con el repartimiento tan diferente de sus dones así naturales como sobrenaturales, no tienen cuento ni número las que cada dia se nos ofrecen sin andarlas nosotros á buscar. Estas son las ocasiones en que primero nos habemos de ejercitar; porque como estas mortificaciones se nos han de ofrecer muchas veces necesariamente, y las habemos de padecer, aunque nosotros no queramos, es menester que procuremos hacer de la necesidad virtud, para que, ya que las padecemos, sea con fruto. Y fuera del aprovechamiento espiritual que en esto hay, ahorraremos de mucho trabajo si las tomamos de buena voluntad, porque muchas veces el trabajo y dificultad que sentimos, no está tanto en las cosas quanto en la repugnancia y contrariedad de nuestra voluntad; y así, abrazándolas de buena gana, aliviaremos mucho el trabajo.

Otras mortificaciones hay que habemos nosotros de hacer de nuestra voluntad, y por eso las llaman algunos activas, á diferencia de las pasadas, que llaman pasivas

porque las habemos de padecer, aunque no queramos; pero son necesarias, y así han de ser tambien de las primeras. Y de estas, unas hay que son necesarias para que cualquier cristiano sea bueno y se salve; como es, mortificarse en todo aquello que le impide la guarda de los Mandamientos de Dios; otras son necesarias para que uno sea buen religioso y alcance la perfeccion; como es, mortificarse en todo aquello que le impide la guarda de sus reglas y el hacer las cosas bien hechas y con perfeccion. Porque cosa cierta es, que no solo todos los pecados, como dijimos arriba (1); sino todas cuantas faltas ó imperfecciones hacemos en el camino de la virtud, son por falta de mortificacion; porque todas son, ó por huir y no padecer algun trabajo que sentimos en hacer lo bueno y lo mejor, ó por no abstenernos de algun gusto y deleite que recibimos en lo malo ó imperfecto que hacemos. Vamos discutiendo por todas ellas, y hallaremos que si faltamos en la obediencia y en la observancia de las reglas, ó en la templanza, ó en el silencio, ó en la modestia, ó en la paciencia, ó en cualquier otra cosa; todo es por falta de mortificacion; ó por no padecer el trabajo que está anejo á aquello; ó por no abstenernos del gusto y deleite que recibimos en lo contrario. De manera, que si quereis ser buen religioso y alcanzar la perfeccion, es necesario que os mortifiqueis en estas cosas. Así como para ser uno buen cristiano y salvarse es menester que se mortifique en todo aquello que apetece contra la Ley de Dios; y por eso dijo Cristo nuestro Redentor: "el que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo (2)," y si no se niega y mortifica en eso, no será buen cristiano ni se salvará; así para ser

(1) Cap. H.
(2) Matth. XVI, 24.

buen religioso y alcanzar la perfeccion, es menester que os mortifiqueis en todo lo que os fuere impedimento para ello. Pues discorrid por todas las obras del dia desde la mañana hasta la noche; y mirad lo que os impide el guardar vuestras reglas y el hacer las cosas ordinarias, que haceis, bien hechas y con perfeccion; y acometed aquel trabajo, y mortifiquaos en aquel gusto que os hace hacer la cosa mala ó imperfectamente; y de esa manera cada dia serán las obras mejores y mas perfectas; y vos tambien sereis mejor y mas perfecto. Todo el punto de nuestro aprovechamiento está en acabarnos de resolver en esto. Preguntó uno una vez: ¿qué es la causa que por una parte me dá Dios buenos deseos, y por otra, cuando se ofrece la ocasion, me hallo flaco y caigo en muchas faltas y nunca acabo de arribar á la perfeccion? Decian unos y otros: eso nace de falta de consideracion; si considerádes esto y esto, os ayudaria. Y dábanle muchas consideraciones, y no le aprovechaban nada. Llegó á un viejo muy experimentado, el cual le respondió: no nace eso de falta de consideracion, sino de falta de resolucion. Esa es la causa de no aprovechar y de no acabar de desarraigat de nosotros las faltas y siniestros que tenemos. Acabaos vos de resolver en mortificaros en lo que habemos dicho, y de esa manera alcanzareis la perfeccion.

CAPITULO XIII.

Cómo nos habemos de mortificar en las cosas lícitas, y tambien en las cosas necesarias.

No parece que habia mas que decir acerca de la práctica y ejercicio de la mortificacion, sino que nos ejercitemos muy bien en ella de las dos maneras sobredichas, porque eso bastará para ser buenos y perfectos religiosos. Pero para que mejor hagamos